

intensidad al que sienten ellas por saludar al famoso caballero de quien la fama les ha traído á la memoria tantas y tan gloriosas empresas, consagradas todas así al culto de Nuestro Señor Jesucristo, como al culto de nuestra honra y de nuestro nombre.

— Véalas yo en buen hora, que nunca el valor del valiente pudo en mérito compararse con la hermosura de la hermosa.

— Veréislas, pues.

Y dando una señal Solís, salieron varios pajes, y al poco tiempo entraron, precedidas en procesión por los mismos que habían ido á buscarlas, dos mujeres, ambas jóvenes, aunque de madura edad la mayor y de temprana la menor, cada cual en sus años, deslumbradora de belleza.

CAPÍTULO IV.

La de Solís vestía el traje vistoso y elegante, que llevara el genio de período tan estético, cual este período del Renacimiento, á toda Europa. De su cabeza pendía largo velo, el cual realzaba su majestad severa de esposa y madre. Traje muy plegado y compuesto de terciopelo y raso con bordaduras de colores, dejaba ver toda la prestancia de sus formas. Una camiseta de transparente lino se ceñía por botones de oro á la garganta, y pasando bajo los tirantes de un jubón que ornaba rica pedrería, formaba las mangas, al puño y al codo ceñidas por brazaletes, pulseras y lazos, en cuyos ornamentos entraba mucho del sabor oriental, prestado por los mudejares, ó sean, los árabes residentes en tierras cristianas, á todas nuestras artes, y con especialidad, á las artes de la joyería y de la vestimenta. Y así como en las ciencias cristianas relucían, á cada paso, los tesoros científicos allegados

por nuestros predecesores en las escuelas de Córdoba ó Sevilla; y así como en las catedrales góticas solía verse con frecuencia el alicatado árabe con sus guirnaldas y sus estrellas, de todo signo católico privado, y con las alharacas musulmanas brillante, para ornar el nicho de un doctor litúrgico y la caja de un sepulcro eclesiástico; y así como entre las perlas de nuestros romances caballerescos é históricos, se hallaban los romances moriscos, en las tapaderas del devocionario, en las blondas del alba, en las basquiñas y sayas de la mujer cristiana, veíanse las preseas y adornos orientales, mucho más cuando esa mujer habitaba, como la esposa de Solís, territorios fronterizos al brillante postrero reino de los moros.

Más sencillamente, pero no con menos gracia, iba Isabel, su hija, y la hija del castellano, ataviada y ceñida. Pero todos sus atavíos quedaban ofuscados en la belleza propia de su extraordinario natural, por la juventud más florida realzado y embellecido. Ningún traje, ni aunque hadas lo bordaran, podía compararse al aire graciosísimo de aquel cuerpo, proporcionado y armonioso como el correcto conjunto de líneas que dibuja y compone una clásica estatua. Ningún rubí ni esmeralda, ninguna perla ni zafiro, podían competir con las riquezas de sus cabellos negros, de sus dientes blanquísimos, de sus ojos deslumbradores que tomaban todas las tintas de sus ideas, como toma el mar todos los esplendores del cielo. Nada le había

regateado la naturaleza, empeñada en hacerla travesía de todas las perfecciones que puede prestar á sus criaturas; ni la gracia seductora, ni el aire modesto, ni la mirada imperiosísima y humilde al mismo tiempo, ni la tranquilidad serena de una diosa, que para reunir todos los contrastes se modifica pronto y con la mayor facilidad; ora fuerte, como el mármol penthético en que vaciaban los antiguos escultores sus divinas obras, ora delicada, como los pétalos de una flor ó como las antenas de una mariposa. Un sordo murmullo de admiración corrió entre los circunstantes al ver tan extraordinaria beldad, y bien puede asegurarse que su presencia superaba en eficacia para excitar los empeños amorosos á la eficacia de los relatos hechos por Solís y Vera en las conversaciones con los jóvenes caballeros de Santiago, para excitar á los empeños heroicos. Así, aquella comitiva, compuesta de gallardos mozos, que habían estado como inmóviles y mudos, oyendo la épica historia de las hazañas anteriores á la guerra que iban á iniciar con su embajada, mientras departieron Vera y Solís de añejas historias, levantáronse todos á una y circundaron á la bella Isabel, dirigiéndola ardorosas miradas y no menos ardorosos suspiros que contenían elocuentísimas expresiones, aunque recatadas y mudas, tanto de asombro y admiración, como de fervido entusiasmo y verdadero amor.

—Bien podéis, Solís—dijo Vera,—ufanaros de

tal familia, cuyas gracias solo con vuestras proezas en mérito y número pueden compararse.

—Acepto, mi buen primo, los encarecimientos que me dirigís por ellas dos, aunque no pueda en modo alguno aceptar los que dirigís á mí personalmente, obra de vuestra amistad y de vuestro parentesco.

—En Dios y en conciencia os digo, primo mío, que no comprendo cómo los moros no han tomado mil veces el castillo para cautivar tantas beldades y llevarlas, como huries del Edén escapadas, al seno de sus serrallos.

—Lo han muchas veces intentado; pero hemos puesto confianzá, tanto en Dios como en nuestro brazo y no han conseguido su intento.

—Precaveos ahora, pues, ó yo mucho voy á engañarme, ó yo de mi embajada traigo una guerra nacional; y entonces volverán las correrías por estos sitios y los peligros para esta casa, que debe tener muchos sitiadores y muchos asedios, en verdad, según las riquezas atesoradas bajo sus techos.

—Estamos de tal suerte connaturalizados con la guerra continua, que no suele hacernos gran mella el anuncio fatídico de nuevos empeños y encuentros. Dormimos como el viejo mareante, á pierna suelta, sobre las olas y bajo los huracanes, que tales son las fuerzas del hábito. Logremos Granada, rematando así nuestra nacional epopeya, é impórtenos un ardite los peligros de nuestras personas y de nuestras casas. Dios proveerá en su misericordia.

—¿Y quién,—dijo uno de aquellos mozos, expresando con verdad el sentimiento que á todos los suyos embargaba en presencia de la hermosa Isabel,—y quién no se sacrificaría por tal beldad y no derramaría su sangre gustoso en cien desiguales batallas por defenderla y por salvarla, muriendo á sus plantas y en su presencia?

—Señores—dijo Solís un tanto corrido en su cariño paternal por los requiebros asestados á su hija, y deseoso de cortarlos,—señores, ya es hora de cenar, que estómago llevan piernas. Vuestra embajada nos anuncia la guerra, confortémonos para sustentarla y hacernos dignos de la victoria.

Cenaron todos en familia con buen apetito, y al eco de dulzainas y chirimías, que alegraban al escogido concurso con sus regocijantes acordes. Concluida la cena, quiso el buen Solís que saludaran al huésped los habitantes de sus diversos feudos, tantos en número, que se dilataban por todas las regiones de nuestra España. Pasaron, pues, en procesión inacabable campesinas de Toledo con sus tocas asemejadas á turbantes; campesinas de Vizcaya, cuyos delantales parecían cuadros, según la riqueza de sus bordaduras multicolores; muchachas del reino de Jaen con sus peinados á la florentina; labradoras andaluzas, vestidas con pantalones bombachos como las moras; siervos de tierra extremeña, con capas portuguesas, llevando todos en las manos algún presente, más ó menos valioso, que ofrecer á quien representaba las personas mis-

mas reales en aquella embajada extraordinaria. Acabado el desfile, Vera quiso tratar, siquier fuese brevemente y en conversación privada y particularísima, empeñando curioso diálogo, á la joven Isabel, cuya prestancia y hermosura tanto le habían cautivado como á los mozos que le acompañaban, avivando hasta en él, maduro ya en años, y en desengaños curtido, el antiguo rescoldo de no bien apagadas pasiones.

—Hánme dicho—exclamó dirigiéndose á la joven y tuteándola como cumple á buen tío con su sobrina,—que tu valor tan alto raya como tu hermosura.

—Señor—contestó Isabel,—así como vuestro mirar amistoso; descubre desde luego ventajas en mí, que yo no tengo; amistosas noticias os han participado cualidades mías, que yo no siento, y en que yo no creo.

—Pues la fama, resonando hasta en los palacios de nuestros reyes, ha dicho, y con sobrado fundamento, según mi sentir, cómo habías alentado, más que reprimido, á los nuestros en todas las irrupciones de infieles con que ha querido el cielo probar á estas tierras y á sus valerosos moradores.

—Mi padre lo explicaba eso, no há mucho, con claridad y exactitud, al decir cómo nos acostumbramos los nacidos en guerras á los combates, cual se acostumbran al huracán los nacidos en barcos.

—No tanto, no tanto—dijo Vera—que yo he

visto palidecer y temblar á milites de profesión y á héroes de pujanza, criados todos en el azar continuo de la guerra.

—¡Ah! Estaba yo en la cuna, y mi madre, recién parida, en la cama, cuando cayeron á nuestra presencia, salpicando tapices con su sangre, varios moros, tan audaces, que habían podido asaltar la fortaleza y entrarse con arrojo por nuestras mismas habitaciones. Cómo queréis que no me habitué á la guerra y sus empeños, hasta connaturalizarme con su crudeza.

—¡Oh! La complexión cobarde rasga con facilidad el hábito. La gacela nace y crece allá en los desiertos, entre los silbos de la serpiente y los ruidos de los leones; sus orejas debían estar acostumbradas á tales estruendos de guerra, y, sin embargo, no puede oírlos y corre y corre desalada en su natural timidez, huyendo y esquivándose al peligro. Los gamos y los ciervos han oído mil veces los tiros del cazador que frecuenta sus guaridas, y no se han acostumbrado al fragor, pues viven huyendo. Sobrina mía, eres valiente, porque tienes en las venas heredada sangre de verdaderos valientes.

—No, no está el valor nuestro en la debilidad propia del sexo, cobarde y tímido naturalmente, como la gacela que habéis nombrado; está en la fuerza y vigor que nos da nuestra fé ayudada por la gracia de Dios y por las oraciones con que la constreñimos y forzamos á sostenernos y ampararnos en los trances terribles de una guerra continua.

— De modo que tu fe religiosa es la fortaleza principal de tu alma.

— Lo es y mucho.

— En ello me huelgo y por ello te alabo.

— Yo he dicho siempre que las tierras fronterizas, probadas por eternos combates, debían hallarse compuestas de campamentos, donde trabajaran los hombres en guerreros ejercicios, cuando no peleasen, y de monasterios donde oraran siempre las mujeres. *A Dios rogando y con el mazo dando*, enseña el refrán castellano en su natural y sencilla filosofía. Pues bien, los varones deben dar con el mazo aquí de continuo para tenerlo ejercitado y apercebido, mientras las hembras debemos vivir en oración perpetua para tener á Dios importunado y vencido, á fin de que nos acorra en tanto y tanto trance como á cada paso nos affige y en los cuales hemos de menester su divina misericordia.

— Eso de reducir á monjas todas las mujeres, paréceme cosa todavía más difícil que la de reducir á soldados todos los hombres. Fácilmente pueden quedar baldías las tierras por falta de trabajo, mas no tan fácilmente pueden quedar los hogares desiertos por falta de familia.

— Imposible regir estas tierras por leyes análogas á las que rigen otras tierras.

— ¿Pues cómo?

— Pues muy fácilmente.

— Habla, que me place ver en tan cortos años tanta ciencia, como en tan tímido sexo tanto valor.

— Mi reflexión tiene tal sencillez, que no se necesita ciertamente haber aprendido y practicado en Salamanca el derecho y la teología para, después de aseverarla, comprenderla.

— Habla de todas suertes, pues no sabes cuánto recreo me procura la belleza de tus ideas unida con la melodía de tu voz.

— Gracias, señor mío, gracias, por tantos elogios como prodigáis, desde que sois, por embajador, á guisa de rey, con real munificencia.

— Que me place y encanta, Isabel, hasta el modo que tienes de recoger femenilmente los elogios con apariencias de rechazarlos.

— Pero no hablábamos de mí, hablábamos del estado de nuestras tierras y de la condición de sus habitantes.

— Sí. En verdad, ibas diciendo...

— Pues...

— Que...

— Perdonadme; me había distraído.

— Sigue.

— Pues iba diciendo...

— Que no pueden regirse por las comunes leyes tierras como las vuestras y te apercibías á probarlo.

— De sobra lo sabéis.

— Gústame de tus labios oírlo, porque las ideas más universalmente sentidas revisten formas varias según quien las expresa y sostiene.

— Pues volviendo al objeto de nuestra conversación digo, que aquí, en la frontera, toma la vida

encrespamientos y zozobras que no puede tomar allá, donde nunca jamás aparecerán vencedores nuevamente los fuertes agarenos. Contamos nosotros feudos y señoríos, en Jaen y en Toledo y en León y en Vizcaya y en Galicia, por unir á la sangre de Solís, sangre castellana, la sangre de los Haros, sangre vizcaina. Pues bien; el castillo de las tierras donde la paz domina, y solo hay las competencias civiles entre familias cristianas, parecen palacios, cuando se los compara con el castillo artillado, puesto en vigilancia perdurable, apercebido para la defensa eterna en estas tierras fronterizas. No vive la paloma con igual descanso allí donde su instinto le avisa que no ha de temer al milano, como allí donde su instinto le avisa que al beber un poco de agua, puede morir entre las uñas enemigas. Los pobladores de todas estas tierras han menester franquicias que no exigen otros campos más tranquilos y menos probados por la guerra, como las pobladoras á su vez han menester clausuras que no necesitan allí, donde la intercesión diaria y continua con Dios no se hace de suyo tan necesaria como aquí, donde alternan en solo un oía, el *Miserere* de la penitencia con el *Te-Deum* de la victoria y el *Te-Deum* de la victoria con el *Dies irae*, consagrado en las misas de *Requiem* al martirio y á los mártires. Vamos, creedlo, aquí hemos de vivir entre las llamas, entre los naufragios, unas veces ahogándonos, otras veces consumiéndonos; y necesitamos, pero mucho, demandar con oraciones conti-

nuas á quien todo lo puede, la indispensable misericordia.

—Voy viendo, que la vida del claustro priva en tus preferencias, y que de buen grado, abandonarías el mundo por la soledad en casa de Dios.

—No digo que no.

—Lo adiviné, desde que comenzamos á departir.

—¿Lo adivinásteis?

—Justamente.

—Pues, adivinásteis el interior de mi alma y el secreto de mi corazón.

—¿De veras?

—De veras.

—¡Hola, hola!

—¿Os maravilla?

—Seguramente.

—¿Pues cómo?

—Os diré.

—Veamos. No se acoge niña de tu edad al claustro sin alguna razón, si no superior por su naturaleza, superior por su eficacia y por su virtud para mover el ánimo á los motivos religiosos.

—¿Sospecháis eso?

—Lo digo sin rebozo. Me asalta, y con fundamento y con razón, tal sospecha.

—Pues debo deciros, con toda ingenuidad, que os engañáis.

—¿Que me engaño?

—Seguramente.

—Joven tan hermosa, que regocija el corazón y

exalta la fantasía ¿no ha de haber tenido múltiples amadores?

—No diré que no.

—Pues ó amores desgraciados ó amores correspondidos, han de seguiros. Si correspondidos, no comprendo el claustro. Solamente le comprendo, si desgraciados é imposibles.

—Perdonad, perdonad, señor, pero ni lo uno ni lo otro.

—¡Bah, Isabel, no creo tal, aunque me lo jures! No acababas de presentarte, cuando ya tendías cadenas á los gallardos mozos de mi comitiva. ¿Y habrás crecido en gracias diariamente para no inspirar afecto ninguno de amor, cuando tantos y tan varios has inspirado siempre de asombro y de admiración?

—No diré que no haya inspirado algún amor, pero sí diré que yo no lo he compartido. Y el amor, que no se comparte, no prospera.

—Sabes, Isabel, filosofía y religión; pero sabes aún más de amor, cuando tales cosas dices á tus años.

—Nosotras, las mujeres, no sabemos nada, y casi, casi, lo adivinamos todo. Lo que os enseña fácilmente á vosotros el tiempo, el raciocinio la experiencia, el mundo, la vida, nos lo revelan á nosotras el presentimiento y la inspiración.

—Por manera, que no hay cosa de amor en tus propensiones al claustro.

—¡Oh! No. La vida tiene tales sirtes que toda

pena excede, pero en mucho, á nuestras figuraciones, bien al revés de lo que sucede con todas las alegrías. No hay esperanza, que llegue á lo esperado, ni temor que no exceda en mucho á lo temido. En largos días de tempestad, sólo hay unas cuantas horas, y esas mermadas, de ventura. Los bienes más preciados, la salud, la mocedad, la hermosura, la gloria ¡oh! apenas se comprenden ni se sienten, porque la costumbre de poseer todas esas felicidades oscurecen la comprensión, embotan el sentimiento; y las recibís y las guardáis, con tal indiferencia, que no las poseéis apenas.

—Solís, Solís—dijo Vera volviéndose al castellano,—¿dónde diantres habéis educado á vuestra hija que parece una doctora de la Iglesia? Ni Santa Catalina de Sienna en verdad, ni Santa Clara de Asís podrían emularla en puro misticismo y en conocimiento claro de la vida y sus dolores, de la religión y sus consuelos.

—En verdad—respondió el buen Solís,—en verdad hay para maravillarse oyéndola, pues desde niña le dió el naípe por las cuestiones religiosas.

—Yo lo atribuyo,—añadió la señora de Solís, terciando en la conversación,—á mis devociones por Santa Catalina de Sienna. Llevaba mi buena madre este nombre, porque fué nacida bajo la inefable advocación de tal Santa. Y yo se lo hubiera dado á mi unigénita si no se llega su padre á emperrar en que la llamáramos Isabel. Mas, á la hora de su nacimiento, y en lo más acerbo de mi parto, invo-

caba yo con tal intensidad á Santa Catalina de Sienna, que cuando perdía la luz en los ojos corpóreos brillaba la Santa con resplandores indecibles á los ojos del alma. Y lo cierto es que Isabel se llama Isabel de Solís, cuando realmente debiera llamarse Catalina de Sienna por su apego al estudio de las cosas santas, por sus devociones exaltadas, por su caridad ardiente, por su propensión á los monasterios y á las oraciones, por su espíritu teológico.

—Madre, por Dios,—dijo Isabel, ruborizada verdaderamente á los elogios que sin tasa el amor maternal en aquella ocasión solemne y extraña le dirigía.

—Esto proviene,—dijo Solís, abundando en el sentido de su mujer,—esto proviene de no haber tenido más que á Isabel en nuestro ya largo matrimonio. Así, la hemos educado, su madre, como se educa naturalmente á una hija, y yo, como si educara á un muchacho. Por ende, cose dentro del hogar como cualquiera de las más caseras muchachas; y luego tira el venablo, monta el caballo, coge la sortija de los juegos en la punta de las lanzas como cualquiera de los imberbes guerreros que ahora os acompañan.

—¿Eso más?—preguntó Vera.

—Señor—dijo Isabel avergonzada,—señor atribuid al amor natural en padre y madre por su hija única, todo cuanto ahora os dicen.

—Y luego—siguió diciendo Solís, inatento á las excusas de Isabel—como aquí tenemos además de

un castillo, un monasterio, en sus aulas y celdas se ha industrializado para las cosas del otro mundo por tal extremo, que parece una doctora de la Iglesia y sabe tanto latín y tanta teología como el primero de los mitrados. Hay que oírla disertar sobre la gracia de Dios, como cualquier eclesiástico de ciencia ó experiencia, y verla rezar de rodillas horas y horas como cualquier penitente milagroso.

—Pero venid aquí, primos míos, y sacadme ahora mismo de dudas. ¿Como guardáis en vuestra casa joya de tal precio?

—Pues muy fácil. Metida en sus libros, en sus disertaciones, en sus ejercicios religiosos, no le ha quedado tiempo ni voluntad para prendarse de aquellos jóvenes próceres que me han pedido su mano y á quienes yo la tenía destinada desde su nacimiento, como cumple á un buen padre y necesita el esplendor de una familia. Más idle con esas á mi buena hija. Un diptongo la interesará más que un amante.

—Yo, con perdón sea dicho de mi respetado padre, creo necesario al bien del mundo y salud sobrenatural del alma, la consagración completa de varios seres á un culto divino y á una intercesión constante con el Eterno padre, para desarmar su justicia airada por nuestras culpas y poner de nuestro lado su misericordia.

—Lástima grande, mucha lástima—exclamó Vera,—que no haya de predicadoras orden como hay de predicadores, pues en tal caso, tendría la Iglesia

en Isabel una de sus lumbreras, por lo perspicuo de la inteligencia y lo abundante de la palabra, según demuestra en todos estos coloquios.

—Si nos priváramos—dijo la madre—de nuestra hija tan fácilmente como ella quiere privarse de sus padres, ya estaría en el cenobio entre oraciones y penitencias, y nosotros en este hogar abandonado, nido sin hijuelos, entre dolores y tristezas.

—Es verdad—añadió el señor de Solís—no sabéis cuánto hemos debido hacer para evitar su entrada en un convento.

—La religión—dijo Isabel—aparece aquí, entre nosotros, á la frontera de reino infiel y enemigo, con los resplandores relampagueantes y sublimes de una continua tempestad. Aquí la vemos combatida por hambrientas cimitarras, y, por combatida, la queremos, como no pueden quererla jamás aquellos que la gozan tranquilos y que se hallan ciertos de verla, consagrando su sepulcro cual consagrara su amor. Notad que por los bordes y orillas del mar se levanta mayor número de santuarios que por las tierras interiores, y estos santuarios relucen con mayor número de ex-votos. Y sucede así, porque la ola hinchada, la tabla combatida de continuo, la jarcia rota fácilmente, la tempestad desencadenada en los aires y que bate las férvidas honduras, inspiran el sentimiento religioso; pues si los horizontes se cierran, si los mares se turban, si los oleajes se levantan uno sobre otro para devorar la nave, no queda otro asidero al

náufrago sino la confianza puesta en Dios y en el divino socorro. Igual acontece aquí. A cada paso el incendio devora las cabañas, el asalto acomete los muros, la tala yerma los campos, la irrupción y la guerra ensangrientan los ríos, la campana suena el rebato, la familia se merma con una víctima nueva trastrocada en mártir, el altar de la oración se ve profanado y convertido en pesebre de los caballos del Profeta; y solamente nos queda, en tal dolor, el recurso de un llamamiento á los cielos. Si, como el náufrago, lanzado á la orilla por un milagro, sube descalzo en penitencia por los riscos al santuario donde los fieles invocan la estrella de los mares, la Virgen Madre que les ha socorrido en tal angustia, nosotras, las pobres mujeres de todas estas comarcas, nacidas y criadas sin saber si al venidero día seremos esclavas del infiel y del extranjero, necesitamos recurrir á Dios y en Dios poner toda nuestra confianza, y á Dios importunar con todas nuestras oraciones antes de ocurrir al establecimiento de una familia que al fin y al cabo solo serviría para la continuación y la perennidad casi, casi, de nuestras desdichas.

—En verdad que tiene razón—dijo Vera.

—Sobre todo, señor, no sabéis cómo aquí el culto á María se aviva y exalta. Tres veces la invocamos diariamente: cuando raya el alba, cuando viene la noche y cuando el sol toca en su cenit. Y al invocarla, vémosla sobre sus nubes argentadas por la luna, entre sus ángeles que baten las áureas

alas, con su corona de místicas estrellas, con su celestial arrobamiento; y le decimos todas las letanías que levantan al cielo las cosas creadas é increadas y la llamamos con todos los nombres que puede inspirar el amor.

— ¡Ah! Isabel, pues me sucede á mí lo propio. María es la compañera de mi alma. No me sobrecogerá el sueño ningún día, sino después de haberle rezado todas mis oraciones habituales. Y fío en Dios que no me sobrecogerá la muerte, sino con el Ave María en la última espiración de mi pecho y con el Ave María en el postrer latido de mi corazón.

— Imagináos, Señor, lo que yo pensaba.

— ¿Qué pensabas?

— Pues apenas me atrevo á decíroslo.

— Decidlo, pues.

— Pensaba en la gran tristeza que tendréis mañana seguramente al veros en tierra donde no se adora por ningún mortal á la Virgen.

— ¡Ah!— exclamó Vera.

— ¡Qué pena tan grande sentiréis al pasar por las mezquitas donde se adora un falso Dios y se presta un culto aborrecido y aborrecible! ¡Cómo vuestros ojos habrán de cerrarse para no leer las blasfemias entalladas en piedras y cubiertas con esmaltes orientales junto á las estrellas de marfil y oro, bajo las grecas y encajes empapados en iris misteriosos.

— ¡Oh! Cuánta razón tienes, Isabel— dijo el em-

bajador. ¡Qué pena para un católico rancio, como yo, ver la tierra de nuestros padres profanada por los sectarios del Profeta!

— ¡Dios mío!— exclamó Isabel exaltada por las palabras del viejo embajador.— ¡Dios mío! apiadaos de vuestros siervos.

— Isabel, te prometo— exclamó Vera,— que allí mismo, á la puerta de las mezquitas y de los serrallos, junto á los santones más respetados por el pueblo infiel, cuando suene la voz del muezin equivalente á las campanadas de nuestras oraciones, así en presencia de Hacem el sultán me halle, invocaré á gritos el nombre de María, ofreciéndome por víctima del musulmán fanatismo, á ver si mi cuerpo, con su inmolación y sacrificio, enciende la guerra y si mi alma entra de un vuelo, al separarse de su cuerpo, en el Empíreo.

— Invocad el nombre de María, ya que para ello tenéis en el alma fe y en el cuerpo aliento; invocadlo, y desde las albercas en los patios, hasta las sultanas en los harenes, palpitarán seguramente como si algo misterioso y sobrenatural se hubiera difundido en los aires. Y no temáis: que nosotros encenderemos las velas de los altares, y puestas de hinojos ante las aras en oración perpetua, pediremos á Dios que preserve de la infidelidad vuestro espíritu, esmaltado con virtudes nuevas, y de la muerte vuestra vida, todavía indispensable á la religión y su grandeza. Que Dios prospere, le pediremos, y Dios prosperará vuestra embajada. Y su eficacia

será grande. Por virtud de vuestro viaje, comenzará una serie tal de actos, que los infieles, venidos aquí á manchar la tierra y asombrar el cielo, se tornarán de nuevo á sus africanas guaridas, de donde salieron un día para nuestro castigo.

—Con tales oraciones—dijo Vera,—el cielo no podrá, no, abandonar nuestra causa.

—Mas ¿olvidáis—dijo Solís,—que para todo eso habéis menester descanso y la noche avanza y el sueño nos solicita?

—Recojámonos en buen hora, para proseguir mañana temprano este viaje.

CAPÍTULO V.

De aquella embajada solo podía surgir la guerra, como brota la chispa naturalmente del choque rápido entre el hierro y el pedernal. Codiciaban los Reyes Católicos la corona ceñida por Muley-Hacem, que, á un tiempo mismo, completaba la reconquista y servía en sus creencias para entrar después de muertos en el cielo y unirse como por propio derecho con las jerarquías angélicas. Todo los incitaba, todo, á la guerra, desde aquel amor primero que se siente por el suelo patrio, hasta los intereses más positivos de su política y los cálculos más matemáticos de regias y soberbias grandezas. Por su España, querían á Granada; por su religión, querían á Granada; por su corona, querían á Granada. Dominábales aquella idea de la unidad del Estado, que cerraba la Edad Media y abría la Edad Moderna. La sobreposición del poder monárquico á todos los poderes, idea puesta en fórmulas

extrañas, por D. Alfonso X á la cabeza de su colosal obra legislativa; idea defendida por D. Alfonso XI, y en parte realizada por sus esfuerzos guerreros y por sus reformas legales; idea exagerada en aquel terror de D. Pedro el Cruel, verdadero revolucionario de su tiempo; el predominio, iba diciendo, del poder monárquico sobre todos los poderes, imponía la guerra como una necesidad inevitable para reunir, bajo la mano del monarca en los campamentos, á los nobles y disciplinarlos y someterlos y reducirlos á la obediencia ciega en el ejército de la monarquía. Los Trastamaras habían interrumpido en mitad del siglo XIV la obra, que comenzara en mitad del siglo XIII D. Alonso X, al resplandor de un ideal progresivo, sólo entrevisto por algunas almas privilegiadas desde las alturas del trono y desde las aulas de la Universidad y del colegio. Este abandono de la idea, que inútilmente quiso corregir D. Álvaro de Luna, descabezado al fin por tanto noble, patricio, señor ó infante, que tenía interés en debilitar la monarquía; este abandono llegó á sus últimos extremos bajo D. Enrique IV, en cuyas manos se disolvía por completo el principio monárquico. Así, cuando los nobles, por su propio impulso y guiados del interés natural á sus ambiciones desapoderadas, por el interés de agrandar sus feudos, salían á su arbitrio por los campos andaluces en demanda de conquistas, los Reyes Católicos, veían con dolor cómo su gloria eclipsaba la gloria de los monarcas y sus conqui-

tas, convertidas en feudos, aparecían como muros y contrafuertes opuestos á su poder y á su autoridad, tanto más de cultivar con esmero, cuanto que representaban, como el espíritu en el cuerpo, la unidad interior de nuestra patria. Por consecuencia, la idea progresiva de la unidad del Estado, llevábales al necesario logro de dos indispensables objetos, la destrucción del poder agareno en sus últimas guaridas del montañoso reino granadino y la expulsión también de todas las razas que no participaran de sus católicas creencias. Era, pues, la conquista, el remate de la unidad religiosa y de la unidad nacional, era una guerra de patriotismo, pero también una guerra de religión.

Y casualmente se hallaba encabezando el reino granadino un hombre de fuerza y de violencia como Muley Hacem, que lejos de contener, precipitaba la catástrofe. Tal es el triste destino de todos aquellos que representan y personifican las irresistibles decadencias en el juicio de la historia. Lo mismo les da, lo mismo, igual resultado, la violencia que la flaqueza, desastrados y destituidos de todo buen auspicio. Si llegan á resignarse, atribúyese á debilidad la suerte suya nefasta; y si llegan á combatir, atribúyese á su violencia: que nada exime, nada, ni el valor más probado, ni el esfuerzo más titánico, de las responsabilidades que llevan consigo, sino ante la conciencia, de seguro ante la opinión las grandes y nefastas desventuras por involuntarias que parezcan. Vencedores, suelen per-

donarse así el crimen como el error; vencidas, parecen criminales é ignorantes la virtud y la ciencia. Hacem nació con cualidades propias de aquellos que fundan y mantienen reinos; pero nació por su mal en adverso período y de bien triste decadencia. Sus ambiciones y sus ensueños de conquista no conocían límites y se dilataban hasta donde podían dilatarse los impulsos del deseo. Desde los picos de las Alpujarras que le mostraban á un lado el Africa y á otro lado España, el árabe inquieto, sintiendo la caldeada sangre de Alhamar en sus venas, prometíase á sí mismo restaurar el imperio musulman aquí, en la península, de sus mayores y más envidiadas grandezas. El mundo helénico, la Iglesia bizantina, la península donde se levantan las Termópilas, el territorio donde radican Macedonia y el Epiro, aquella Constantinopla, sólio de los Césares, templo de los cruzados, Sede augusta de los patriarcas, con la basílica de Constantino y de Justiniano, cuyas cruces griegas parecían como astros conteniendo la luz de las ideas cristianas en los cielos de Oriente; aquel compendio de la religión griega y de la escultura europea, con todos sus recuerdos, con todos sus prestigios, se había rendido y entregado al Korán y á los más bastardos y menos legítimos entre los adoradores de Alah. ¿Qué mucho, pues, qué mucho, si él, Hacem, suspiraba por una empresa igual en Occidente? Aquella Granada lucía entonces, como bello trasunto y compendio de todo lo que agigantara en la historia y

en el mundo, á la heróica raza de los árabes. Allí, los que habían llevado sobre sus hombros el califato de Damasco, cuyo poder temporal y espiritual fuera un día la luz y el calor de toda la gente mahometana en el período providencial de su mayor poderío; allí, los fundadores ilustres de aquel imperio cordobés, que con su ciencia esclareciera toda la tierra y con su grande Aljama eclipsara el sacro recuerdo de la Meca y sus santos templos; allí, los herederos de aquellos abditas que levantarán la Giralda de Sevilla y de aquellos almamunes que levantarán la Galiana en Toledo para estudio y contemplación de los astros anotados en sus tablas como notas músicas; allí, los últimos continuadores de tantas revelaciones científicas al mundo comunicadas por las madrisas andaluzas, ricas en retortas que descomponían la materia, en astrolabios que investigaban el cielo, en fórmulas algebraicas que contenían cálculos é ideas; allí, los destronados de tantos solios, los expulsados de tantas ciudades, los príncipes de tantas dinastías, los herederos de tantos héroes, contándose unos á otros, en su poético lenguaje, las hazañas inolvidables extendidas desde las tierras de Syria y Arabia, en combates sin fin, hasta los campos de Poitiers y las costas de Sicilia; resueltos, en esta última hora de su dominación y con el vigor que da un postrer empuje á todas las fuerzas del cuerpo, y con el resplandor que da un último destello á todas las ideas del espíritu, resueltos indudablemente á

recomenzar su historia épica, sin comprender como se ocultaba y extinguía tras los cerros de la oriental Alhambra, en los rojos matices de un inevitable ocaso. Tantas y tan grandes aspiraciones como en el pecho de los musulmanes latían, productos de siglos y siglos, tomaban forma humana, condensándose y personificándose á una en aquel rey último de Granada, conocido con el nombre de Hacem.

Así, pues, la embajada, que iba por la Vega, con sus banderolas en que relumbraban viejos signos heráldicos, y con sus armaduras que relucieran al sol de las batallas, y con sus mantos, en cuyas hombreras se destacaba la cruz, y con sus cascos, sobre los cuales campeaban ricos y varios plumajes, podría tomarse por la representación del mundo católico y sus cruzadas, yendo en pos de los orientales ensueños, y las islámicas ambiciones que se retorcerían allá en los edenes de Granada con propósito firme de hundirlos y aplastarlos bajo el peso de sus victorias. Vera, el embajador, tenía tras de sí todo el mundo cristiano, que demandaba un esfuerzo; el heleno, recién sometido á la media luna de los fuertes ostmanes; el húngaro, amenazado á la continua, en sus santuarios y en sus hogares; los habitantes de las islas y archipiélagos mediterráneos, quienes, á cada paso, creían encontrarse con los piratas berberiscos; el forzado en las galeras turquesas, el cautivo en los calabozos de Orán, Túnez y Argel; mientras Hacem tenía tras sí el Africa y el Asia, creídas aún, por aquellos tiempos, cuando el

espíritu europeo florecía en el Renacimiento, de poder desarraigarlo y sustituirlo con la fe viva en el Korán y la dominación espiritual de su Profeta. Los vencedores de Constantinopla, los santones de la Meca, los soldanes de Persia y Egipto, los árabes andaluces, diseminados por las plazas de Africa, y que guardaban las llaves de sus casas de Córdoba y Sevilla, pedían con clamores continuos al reino granadino y á su rey Hacem, que sostuviese aquí, en la península, donde más ha brillado la causa del mundo musulmán é islámico en sus competencias con el mundo cristiano. Así, Hacem, guerrero por naturaleza y por educación, jinete ágil, montado en su caballo del color de los cuervos, cuando, en aquellas guerras civiles y religiosas continuas, iba, como en alas del viento, por las altas Alpujarras, y descubría desde cimas, bajo las cuales muchas veces tronaba la tempestad, al son de los torrentes y de los aludes, el vecino Mediterráneo y el Africa, notando cómo las dos orillas de los dos continentes aún estaban á la sazón aquella unidos por el musulmán alfanje y por el sublime Profeta, juraba componer una confederación musulmana, como la de almohades y almoravides, é ir presidiéndola y encabezándola al rescate de la grande Aljama de Occidente y al desquite de la horrible rota de las Navas. Por consecuencia, la embajada, que iba camino de los palacios árabes, tenía, no un carácter diplomático, un carácter guerrero, y llevaba en sí, no un tratado, un reto, el

cual debía recoger y sustentar hombre como aquel Hacem, á quien los hados confiaran la representación del imperio árabe-hispano en los días últimos de su terrible ocaso.

Estos y otros muchos pensamientos embargaban el espíritu de Vera, conforme iba con paso parecido á vuelo, dirigiéndose hacia el cerro de la Alhambra y acercándose á su codiciada sombra. ¡Qué alegría derramaba la vida oriental allí por todas partes! ¡Cómo relumbraba el aire azul, purificado en la noche por el frío de los ventisqueros eternos, y tan trasparente y diáfano en aquella mañana que transmitía la luz del sol, espléndida é intensa, como si no le pudiese oponer ninguna resistencia en su nativa pureza! La vista menos enamorada de los espectáculos con que brinda la creación, embóbase allí, hasta el punto de arrojarse y desprenderse de todo cuanto no fuera una contemplación continua y extática. Las sierras de Loja parecían grandes turquesas, como las de Alpujarras encendidos rubíes; y el contraste artístico entre los conos violáceos de las extintas lavas que coronan las cumbres de la estéril Elvira con los brillantes de nieves eternas que al otro lado relucían, ese contraste único aumentaba en grandeza y en hermosura con la luz del día y la transparencia del aire. ¡Ah! Nada que recree la contemplación, como aquellas colinas, las cuales parecen puestas adrede allí por un paisajista inspirado para dar mayor realce y majestad á las sublimes cordilleras y á los dentados picachos relucien-

tes por las reverberaciones del cielo. Diríase que no reinaba por ninguna porción de la tierra el mal, viendo aquella riente naturaleza, tan dulce como las mieles destiladas por los troncos de sus árboles y por las corolas de sus flores y tan melodiosa como las auras mecidas en sus prados y en sus florestas. Entre cortinas de yedra, rodeadas de cármenes donde sus bases tienen pintados engarces, junto á las verdi-negras palmas, levántanse las torres bermejas, los minaretes blancos, las rotondas azules y argentadas, los kioskos rematados por tejas áureas, y á trechos, macetines de porcelanas brillantes en cuyo fondo radican rosales y jazmines entrelazando pintorescas guirnaldas. Aquellas enriscadas cumbres, además, parecen como urnas, de cuyos senos brotan desatados en arroyos cristalinos los manantiales que llevan á una en sí la fecundidad á las plantas por las laderas de los grandes bancales, entre las hebras del heno y de la alfalfa, el rojo pétalo de la encendida amapola en cuyo cogollo brillan los estambres negros y lucientes, de sedosa finura y de metálicas reverberaciones. Los trigos se coronan de crasas espigas que amarillean doradas por el estío y las parras de pámpanos y de tallos verdes y fresquísimos que se transparentan como cristales. En todos los vergeles se mezclan las flores con los frutos, y encuentran recreos el ánimo, esencias y aromas el olfato, música las orejas, colores y cuadros la vista. Son de ver por el campo los jornaleros afanosos y por las eminencias el centinela

vigilante y sobre las mezquitas el muezin absorto en sus plegarias. Lo cierto es que no ha encontrado el musulmán, habitante del Carmelo y del Líbano en que mezclan sus vibraciones los cedros y sus salmos los profetas; conquistador de aquel Bósforo, en cuyas orillas Europa y Asia se juntan y en cuyos lejos gallardean el Olimpo y el Parnaso; rey en el Cairo, á las orillas feraces del misterioso Nilo donde crecen palmas canoras como guzlas de poetas; dueño de las orillas del Tigris y del Eufrates, no ha encontrado tierra ninguna para vivir y morir como esta tierra de los volcanes y de las nieves, fresca y abundosa cual una pradera virgen, de cármenes cortados en las peñas como los antiguos jardines babilónicos, de confluencias como las que forman el impetuoso Darro y el sosegado Genil, de torres gallardas circuidas por florestas con tales plantas que semejan edenes y coronadas por almenas de tales facetas que semejan piedras preciosas al bruñido del sol y al esmalte de los aires. En cada recodo del camino, siempre que brillaba entre los ramajes una torre, del encendido color de los corales; una rotonda con todos los matices del oro; una extensión amplísima confundiendo en dilatado cuadro varios y hermosos objetos; Vera suspiraba de impaciencia porque la corona de Castilla, el yugo y las haces de sus reyes pudieran grabarse pronto en aquel encantado paraíso, donde los olivos de oscuro color y con álamos de cimbreantes ramas se unían con los granados de rojas flores; los limoneros cuajados de

azahar; los palmerales de majestuosas oscuras coronas con las moreras de hojas lustrosísimas; y las adelfas en el fondo de los secos y pedregosos torrentes con los castañares en las altas laderas de los frescos riscos, componiendo admirables consonancias de rumores y de matices.